

El oro tiene alma



Víctor Alfonso González Carreño*

vicocoplay@hotmail.com

Isidro trabaja en El Popular, un centro comercial esquinero, de cinco pisos. Allí funcionan unas 28 joyerías que se dedican a la venta de oro y plata. Son joyerías pequeñas, en su mayoría atendidas por una sola persona. La gente de los locales llega a levantar las rejas que rechinan de vejez. Su sitio de trabajo es un pedazo más de ellos mismos: las fotografías de sus hijos en los escritorios, la bendición en la entradita y el seguido rastrillar de la escoba, como queriendo sacar la mala energía. Como hay vacaciones, se ve a los niños ayudando a sus padres a alistar las vitrinas, desocupar la caja fuerte para surtirlas y encender los tubos halógenos y las luces amarillas que de adentro hacia fuera iluminan las joyas.

'El científico' —como le dicen— me llevó a un local con las rejas a medio abrir y avisos pintorreteados que dicen: "Compro oro". Durante una hora, encerrados entre el fuerte olor del amoníaco y los ácidos propios de un experimento químico, me explicó el sencillo e ingenioso proceso de fabricación del Oro Nacional 18K.

La mayoría de las máquinas que allí se utilizan están diseñadas para otro tipo de actividades, pero con algo de "ingeniería casera" se convierten en el motor que les permite obtener variedad en diseños. Con el Oro Nacional 18K se fabrican anillos, aretes, candongas, topes y cadenas. Para lograr la aleación se funde primero el cobre o el latón, y en caso de que se acaben las existencias se utiliza, como me explica 'el científico', *"el material del que está hecho el sartén en el cual hicieron el desayuno"*.

Una vez fundido, el cobre se convierte en una barra gruesa que hay que ir adelgazando pasándola por una "hilera", un aparato de metal lleno de agujeros de diferentes diámetros. Así se continúa hasta que se transforma en varios hilos que se sueldan y laminan

▷▷ * Fotógrafo independiente y colaborador de la Fundación Shakespeare de España. 22 años.
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

para que finalmente el oro haga su aparición, recubriendo con sus 18 kilates todo el contorno del alma de los hilos. El veneno queda por dentro, pero deslumbra en su exterior.

Ya con el oro hecho, sólo falta estampar con la troqueladora piolines, corazones, palomas, vírgenes, divinos niños, 15 años, *Snoopys* y hasta todos los equipos de la liga nacional, entre miles de motivos que vienen y van con la moda. Así queda lista la joya para su comercialización.

Luego de la inducción en el taller, la búsqueda del Oro Nacional 18K se volvió una necesidad. Me puse entonces a buscar en las vitrinas de las joyerías bogotanas. Quería poder reconocerlo, saber más acerca de su comercialización, entender si este oro se comercializa como imitación (oro “hechizo”), o como una marca registrada común y corriente con nombre legítimo y precio establecido en el mercado.

♦ La marca Isidro Carreño

El recorrido empezó en la calle 12 con carrera sexta, en un sector de joyerías conocido como ‘la sexta’, uno de los comercios de oro más concurridos en la ciudad. El problema era precisar las preguntas para que el vendedor me confirmara si allí se realizaba la venta de este tipo de oro y, lo más importante, saber si su precio apuntaba al de un oro rebajado y de menor calidad o si, por el contrario, se comercializaba al mismo precio del oro fino.

La gran sorpresa fue encontrarme con vendedores expertos que ponían en duda todo lo aprendido en el taller con ‘el científico’. Una vez creía que había identificado una joya con las letras 18k IS, creía que estaba claro lo que significaba: 18K; era oro nacional, e IS: Isidro Carreño. Las marcas que más se veían estampadas en las joyas tenían las letras JB, MB, Q y la infaltable IS, de Isidro Carreño. Fue de gran ayuda aprender la manera en que los fabricantes marcan sus joyas, pero me serviría de muy poco para enfrentar a los astutos vendedores que me dieron tres vueltas con frases como estas:

—“Yo le garantizo que es oro de 18 kilates, la garantía es de por vida, eso no se le va a negrear, ni se le va a pelar, aquí solo vendemos oro”.

Yo trataba de defenderme preguntando: “¿Y las letras que traen, no son las de los fabricantes del oro nacional?”

—“Claro que trae marca, y es la del fabricante, porque de esa manera nosotros diferenciamos la mercancía de un fabricante del otro, y así ellos nos hacen los cambios. Claro que es oro nacional, pero es oro limpio, es oro fino, no vaya a pensar que es ‘tacado’, aquí no vendemos eso”.

¿Y si en verdad pudiera no ser ‘tacado’? ¿Y si fui yo quien me equivoqué? Pues ante tremenda duda decidí volver a donde ‘el científico’, quien a manera de “se lo dije” me hizo caer en cuenta de que había sido un comprador primerizo y sin experiencia; el auténtico “marrano”.

Aún había muchos interrogantes que justificaban mi intento fallido por encontrar el Oro Nacional 18K, así que le pregunté al 'científico' si había la posibilidad de entrevistarlo en su casa-taller, para responderme algunas inquietudes. Accedió con una petición: que le llevara un litro de aguardiente por aquello de soltar la lengua.

♦ Mojito boyaco

Es una tarde tranquila en el barrio el Quirigua, al noroccidente de Bogotá, estoy a unas pocas cuadras del encuentro con 'el científico'. Al entrar veo que hay una cantidad de materas, todas con colillas de cigarrillo. Es una casa sencilla de tres pisos, en las paredes hay numerosas fotografías de familia; uno de sus hijos me conduce hasta el piso superior. Isidro está allí en su reservado espacio de trabajo, sentado en su silla de joyería, forrada en cuero y con un espaldar tan alto que apenas si alcanzo a ver algunas puntas de su pelo erizado. En medio de su arsenal de herramientas, Isidro está inmóvil. Los ácidos utilizados para fabricar su oro crean un ambiente sicodélico. Los fuertes colores de su ropa contrastan con el color de los ladrillos que rodean el taller. Lleva pantalones gruesos de pana que apenas si le caben en sus botas de caucho y una camisa roja que serviría como evidencia de que estuvo en la guerra: toda agujereada por el accidental goteo de los fuertes ácidos.

—*“¡Qué hubo chino!, me saluda. ¿Trajo el encarguito?”*

Carreño es un hombre corpulento, de 1.60 metros de estatura, pronunciada barriga, pelo negro erizado a medio teñir de canas. Su esposa Vitelvina, compañera de lucha y madre de sus tres hijos, revolotea por la terraza buscando hierbas para su menjergue. *“Uno nunca sabe, que un dolorcito de muela, que un dolorcito de cabeza, una mala digestión, en fin, hasta yerbabuena para que el guarito sepa más rico”.*

Tras brindar a nuestra salud, le pregunté por las numerosas cicatrices que noté en su cuerpo cuando hablamos en el local, y que ahora cubre con una gruesa ruana. Isidro la levanta y señala las cicatrices. Una por una, de un total de 15, me enumera cuatro atracos a tiros y dos a puñal, todos ocurridos entre 1996 y 2000, cuando viajaba por el país con uno que otro “mosquetero del rebusque”, llevando paños llenos de oro de 18 kilates a los pueblos. No deja de servirse aguardiente cada vez que recuerda y ríe evocando los mejores años de su vida. Esas cicatrices, asegura él, son historias que le han quedado bajo la piel

“Yo tenía plata y andaba siempre con dos amigos que vendían oro y relojería, lo mismo que yo, pero que estaban más vaciados. Nos íbamos de pueblo en pueblo, nos iba bien, eso sí pa' qué, pero éramos unos hijueputas borrachos y encima nos gustaban las putas; eso no era sino decirles que vendíamos oro y se les abría la tarasca, y pues uno las transaba con un dijecito del Divino Niño y listo”.

—Don Isidro, y cuénteme, ¿cómo es eso de la maldición del oro, que usted dice que ya rompió su hijo?

“Bueno, empecemos por mí, ¿usted cree que eso que me pasó es normal? Pues no, eso es la maldita maldición que les cae a los que trabajamos con el oro ‘tacado’. Mire, entre nosotros hay un dicho y es que ‘quien se mete con el oro tacado se llena de plata y es infeliz con su familia o sufre como un desgraciado y quiebra en todos los intentos de levantarse, pero al final encuentra la felicidad’. Lo que cambia es el orden en que suceden las cosas y sé que eso puede sonar a pendejada, pero es una pendejada que respeto. Yo tengo varios hermanos que trabajan en lo mismo y tal vez sus vidas sean un fotocopia de la mía, y hay mucha gente, mucha que uno se va encontrando por el camino que ahora está muy mal, pero téngalo por seguro que alguna vez fueron felices y estuvieron llenos de plata como lo estuve yo. Es que el oro atrae muchos negocios turbios y es por eso que la gente se llena rápido de plata. Todos esos “duros” que usted ve por ahí en el Sanandrecito y en las grandes joyerías, todos esos son unos levantados que eran celadores de esos centros comerciales y desde que he estado en esto, conozco gente que ha quedado loca, que se mata a tiros en la misma joyería, que se hunde en la ruina y los que se llenan de plata son muy infelices o padecen graves enfermedades o tienen hijos drogadictos o maricas. Esto no es de todos los comerciantes, lo normal es vivir arriados por las deudas, pero esto sólo pasa en este maldito negocio, porque sólo nosotros estamos malditos. Pero ese es mi trabajo y no hay que renegar, eso es sagrado, porque si hay trabajo hay paz”.

♦ El fin de la maldición

Ese sería su lema de vida desde que abandonó su casa a los 14 años en el municipio de El Espino (Boyacá), en medio de una falla geológica en plena Cordillera Oriental, entre inmensas rocas sedimentarias y frailejones. En Boyacá aprendió a trabajar la tierra, pues era eso o estudiar en la escuela, que no le gustaba. Él quería trabajar independiente, ya estaba cansado de romperse el lomo para sus padres y sus 12 hermanos.

Mientras habla no deja de manotear con ambas manos y de repente empieza a gritar: *“¡Julián!.....!Julián!.....! Julián!.....”*

Su hijo menor, de dos años, sube por las escaleras, casi arrastrándose.

“¡Mire!, este chino fue el que acabó con mi maldición. Desde que nació no me ha traído nada más que tranquilidad y amor para mi familia. Mire que ahora trabajo duro, pero trabajo poco, apenas para comer y el estudio de los chinos. Ya no ambiciono la plata. Además, siento que ya he loqueado mucho por culpa de ella”.

Al cabo de unas horas de charla y de un par de “mojitos boyacos” (aguardiente con yerba buena), me despedí de ‘el científico’. Él respondió con un consejo: *“Mire, chino, si usted quiere averiguar más, empiece por buscar a los ‘duros’, porque yo soy un chichipato y en esto del taco hay mucha gente metida y la mayoría no son joyeros, sino gente con plata que le puso el ojo al negocio y esos sí la están haciendo toda”.*

♦ ***“¡Tome, hija!”***

Para seguir los pasos que me recomendó Isidro era necesario volver al Popular a investigar. Lo mejor era entrevistar a algún comerciante de manera directa. Me acerqué a uno de los locales de la entrada. Fabio, un tipo amable de unos 35 años, me permitió entrevistarlo a ratos, mientras estaba desocupado. Me habló de curiosidades, como las joyas que más compra la gente:

“Aquí viene mucho man con la mocita y les compran buenos anillitos de oro puro, pero lo que compran pa' la mujer son esos anillitos de oro 'tacado' que pesan 1 gramo, a esos anillitos de 15 mil pesitos los llamamos 'itome, hija!'. También viene la gente pobre a comprar los anillitos de 15 años para las hijas, ellas se ponen muy contentas por tener su primera joyita en oro; pero eso sí, se les dice que eso va 'tacado'. Lo que si no se hacen 'tacadas' son las argollas de matrimonio, para eso la gente sí tiene plata”.

Mi inquietud principal era saber si en el centro comercial también se comercializaba el Oro Nacional engañando a la gente o si, por el contrario, había claridad en la venta. Le pregunté si ahí le explicaban a la gente acerca de la calidad de oro que la gente iba a comprar. *“Claro, aquí no se puede engañar como antes porque le va a uno mal. Por aquí sí hay comerciantes que lo hacen, pero también es cierto que la gente ya no es boba y cotiza.. En todo lado les dicen cosas diferentes, hasta que terminan confundiéndolos. Yo trato de ganarme la confianza de la gente y se les dice la verdad”.*

—¿En el tiempo que lleva aquí ha tenido algún problema con un cliente por motivo de la calidad del oro?

“Claro...y no sólo yo, sino mucha gente de por aquí. A mí me han llegado policías. Hace unas semanas le vendí a una señora oro 'tacado' al por mayor. Ella era consciente de lo que estaba comprando, pero yo no sabía que iba a venderlo al Guaviare y lo único que recuerdo es que llegó aquí con tres policías llorando porque la iban a matar por allá. Se puso a venderle a la gente de un pueblito de la selva y con ese humor tan fuerte que tienen allá, pues el oro se fue negreando, hasta que los clientes la acusaron con la guerrilla de estafadora y la tuvieron amarrada dos días. Casi la matan por bruta”.

♦ ***“Me llegó 'el brinco' ”***

Un sábado en la tarde llega mucha gente al Popular, así que consideré pertinente dejar trabajar a Fabio y observar desde lejos, sin hacer mucho bulto. La mayoría de los que vienen a comprar al centro comercial es de estrato medio, gente como usted o como yo, que regatea y que si puede saca fiado. Al otro lado del pasillo se escuchan gritos. Un “brinco”, como le llaman los comerciantes a los reclamos de algún cliente. Fabio comenta que es cosa de todos los días. Es todo un espectáculo que pone en desorden el pasillo: se escucha gente gritando, echando madrazos, mientras los comerciantes se ríen detrás de

sus vitrinas; les causa gracia ver de qué manera el vendedor de turno va a sortear “el brinco”. Algunos apuestan si tendrá que devolver el dinero o saldrá del apuro.

En esto de los “brincos” algunos tienen fama. Hay personajes como Julio Marín, o ‘la Mona’, con mucha experiencia, incluso de otras joyerías que les pagan para que entren a sus vitrinas y le pongan frente al problemita. Julio Marín es un viejo zorro que enfrenta al cliente poniéndoselo bravo y hasta lo reta a que traiga a la Policía; es tan vivo que él mismo manda a llamar a los agentes. Con lo que no cuentan los incautos es que él ya los tiene preparados y difícilmente pueden estar a favor del cliente, pues hay plata de por medio. ‘La Mona’, por su parte, es la mejor para atender los “brincos” masculinos. No es por nada que se ha hecho tres cirugías plásticas, hace gárgaras a diario de miel y limón, no deja que las raíces negras opaquen su rubio encendido, sólo usa ropa de marca y tiene la plancha para cabello encendida durante las 10 horas que trabaja en su joyería.

Son muchos los casos en que el cliente lleva las de perder, pero todavía hay comerciantes como Fabio que conservan una superstición: el engaño tarde que temprano se les puede devolver, no sólo económicamente, sino como castigo o maldición que los perseguirá hasta el resto de sus días.

De nuevo hay que hablar de la maldición, de la que Fabio comenta: *“Yo he decidido que en este negocio no se pueden decir mentiras, nada de engaños, todo con la verdad. Y mire que hay muchos que me critican y hablan mierda de mí, me joden la vida porque no vendo tanto como ellos, pero a mí no me interesa llenarme de plata a costillas del engaño. Antes lo hice, pero llevaba una vida muy ‘paila’, estaba muy mal, no tenía más que problemas y desgracias, me la pasaba jartando y todo lo que ganaba me lo tiraba en vicios pendejos. Pero eso fue antes, después de que me volví cristiano me di cuenta de que eso no estaba bien, por eso le cambié el nombre a la joyería. Antes se llamaba El Palacio del Oro, ahora se llama Esmirna, le puse así, en honor a la antigua ciudad de Esmirna, famosa por sus cristianos y su lucha, por la que se le conoció como ‘la ciudad de vida’. Además, vea que cuando uno les dice la verdad a los clientes, apoyan con su compra. Y cuando les explica la diferencia entre el ‘tacado’ y el oro de 18 kilates, siempre termina comprando el ‘tacado’. Es que un gramo de oro ‘tacado’ vale \$14.000 y uno de oro puro vale \$32.000. Aquí no viene mucha gente de plata, el oro bueno se le vende a uno que otro traqueto que viene de vez en cuando y a gente que tiene modo y quiere ahorrar alguna platica; como el oro sube de precio según el dólar, la compra de una joyita se convierte en una inversión. Esa es la ventaja del oro bueno”.*

Es curioso saber que el oro se vende por peso. En todas las joyerías hay tanitas o pesas con las que se valora la joya y se multiplica por el precio del gramo. En el caso del Oro Nacional 18K, se rellena con cobre para que aumente su peso y de esta manera valga un poco más.

♦ “Los zares del ‘taco’”

Luego de la charla con Fabio, sólo me queda ir en busca de lo que ellos llaman en broma “Los zares del ‘taco’”, pero estaba convencido de que sería muy difícil acceder a una entrevista con ellos. Tuve que hacer primero una lista, el método era sencillo. Había que mirar las marcas más repetidas de las joyas y dar con el nombre de estas personas. ‘El científico’ me había hablado de algunos, pero había otras marcas que figuraban repetidamente en algunas joyas, como por ejemplo la C y la BH. Con ayuda de algunos comerciantes podría obtener una lista final. Cuando pregunté por ellos, me llevé otra sorpresa: la mayoría vivía en Bucaramanga. De los grandes distribuidores de Oro Nacional 18K en el comercio, solo uno estaba radicado en Bogotá y se negó rotundamente a dar la entrevista; la única posibilidad de conocer más a fondo el negocio era hablando con los comerciantes, joyeros, relojeros y los más antiguos en el centro comercial.

♦ ¿Bucaramanga?

Los testimonios de estas personas fueron claves para responder a algunas preguntas como, por ejemplo, el hecho de que la mayoría de empresarios del Oro Nacional 18K fueran de Bucaramanga. Era contradictorio que siendo Bogotá el centro principal de ventas, no funcionaran aquí buena parte de las fábricas.

La capital del oro ‘tacado’ es Bucaramanga, en donde lo llaman “oro de Bucaramanga”. Esta historia empezó en Francia, donde lo llamaban *chapar*, de ahí partiría a España adoptado por un joyero ibérico. En Colombia se le conoce desde 1992, año en que empezó a consolidarse el negocio en Bucaramanga. Lo curioso es que en esta ciudad se comercializa muy poco. Gran parte, por no decir todo el Oro Nacional 18K se trae a Bogotá. Tal ha sido el crecimiento de este mercado, que se acaba de materializar un proyecto de exportación para que las manos, orejas, cuellos y tobillos de ecuatorianos y venezolanos estén decoradas con joyas *made in Bucaramanga-Bogotá*.

Y con la maldición dando vueltas en la cabeza, termino por pensar si será una leyenda de su oficio o simplemente un poco de lo que llaman “justicia divina”.